

CAPITULO XIV

SUEZ.

NUESTRO primer pensamiento al instalarnos en el hotel, fué tomar algun refrigerio, porque nos sentiamos en extremo necesitados. Muy á poco estuvo servida la mesa. Durante la comida seguimos conversando el frances y yo.

Dijome que se llamaba Silva, y era hijo de español, y cónsul de España en Ismailia. En el curso de la conversacion agregó que habia pasado seis años en México.

—Gran casualidad, le dije, pues yo soy mexicano.

—¡Cómo! exclamó, ¡es vd. mexicano! A haberlo sabido antes hubiéramos hablado español; pero yo estaba en la creencia de que era vd. italiano. Mucho me alegro de haberme encontrado con vd., continuó en español correcto. Tengo del país de vd. muchos recuerdos; mi mujer es mexicana.

—¡Ah! le dije, creo que la señora de vd. y yo somos las únicas personas de esta nacionalidad que hay en todo Egipto.

—Sin duda ninguna, me respondió riendo, estoy seguro de que si busca vd. otro con una candela, no podrá hallarlo. En el tiempo

que he pasado aquí, es vd. el primer mexicano con quien me encuentro; los compatriotas de vd. son poco amantes de viajes.

—Los jóvenes de la capital suelen venir á Europa; pero generalmente se estacionan en Paris ó Lóndres, seducidos por los placeres que ofrecen esas grandes ciudades.

—Pero pocos ven en los viajes un medio de instruirse.

—No señor; nuestra juventud es estudiosa y observadora, y viaja deseando ilustrarse. La mayor parte de la gente no se mueve por falta de recursos. Muchos capitalistas no se resuelven á conocer el mundo, por no hacer gastos. Prefieren pasar la vida haciendo economías y prestando al agio, á visitar tierras extranjeras, donde se hacen solo desembolsos.

—Pero es gran torpeza, porque un hombre de negocios, viajando, mucho se ilustra; se apodera de las industrias extranjeras; aprende el modo de manejar con provecho los capitales sin necesidad de recurrir á la usura, y puede esperar que á su regreso á su patria, con las lecciones recibidas, podrá hacer sus intereses mucho mas productivos. De esta manera se obtiene larga recompensa de los gastos del viaje, y se hace bien á la patria. Y esto sin contar, amigo mio, con que en México,—perdone vd. que lo diga,—hay infinidad de capitalistas ignorantes, que escriben «recibí» con «v,» y no saben cuáles son los cuatro puntos cardinales del globo; á los cuales vendria como de molde un viajecito, aunque no fuera sino como un curso de geografia práctica.

Aunque mi amor propio de mexicano se sintió herido á causa de este discurso, no pude menos de confesarme interiormente, que envolvía verdades como templos.

—¡Qué quiere vd., señor! contesté, el amor mal entendido al dinero, precisa á hacer los mayores absurdos. Por otra parte, creo que este defecto no es peculiar solamente á los capitalistas de México, sino comun á todos los del globo.

Me contestó que sí, y yo quedé contento por haber universaliza-

do la sátira, por exceso de amor á mis compatriotas; pues sabido es que la necedad y el egoísmo humanos, miran como menos grandes los males que pesan sobre muchos.—

Terminada la comida, tomé en compañía de Silva el camino de un café cercano. Allí había cuatro franceses ingenieros, empleados en las constantes obras de reparación del canal. Silva y ellos jugaron billar, y yo me entretuve leyendo en un periódico los pormenores de la muerte de Napoleón III.

Los ingenieros franceses que jugaban con Silva, hablaron mucho y largamente sobre el canal. En su concepto, aquella obra gigantesca era un absurdo, y se complacieron en cargarla de defectos, alegando razones que yo no pude apreciar por ser profano en la materia. De todas maneras, las invectivas que lanzaron contra Mr. de Lesseps, me llenaron de indignación, porque este francés célebre está suficientemente juzgado y venerado por el mundo científico; aunque por otra parte tales invectivas no me escandalizaron, porque estoy ya bastante acostumbrado á oír otras mayores. Porque quien ha oído blasfemar de Dios en el mundo, no puede escandalizarse de que se blasfeme en Suez de Mr. de Lesseps.

Febrero 5 de 1873.

La mañana siguiente me levanté al rayar el día para ver el Mar Rojo antes que bajara la marea. Suez se encuentra precisamente á la extremidad Este del Mar Rojo, y en la parte mas estrecha del golfo. Hacia el sur se extiende la inmensa llanura de las aguas, á cuyos bordes se asientan Djedda, Yambo y Adén, donde el Evangelio ha comenzado á derramar sus luces. Ibrahim-Pashá cruzó este piélago en 1816, en los albores de su gloria militar, cuando recibió de su padre el gran Mohammed-Ali, la doble misión de libertar la Arabia de la tiranía de los uahabitas y de vengar á su hermano Tussum, burlado por esos guerreros salvajes. Despues de dos años de ruda

campaña, ganó Ibrahim palmo á palmo el terreno enemigo, tomó por asalto Deriyeh, su capital poderosa, é hizo prisionero al emir uahabita. Este desgraciado emir, puesto en manos del sultán de Constantinopla, fué paseado montado en un asno durante tres días por las calles de la gran ciudad, y decapitado al cabo de ellos. La Meca y Medina, estas dos ciudades santas de los mahometanos, libres y restituidas al poder de la Sublime Puerta, fueron los resultados gloriosos de esta expedición por siempre célebre en los anales del Islamismo.—

En esta hora temprana del día, el Mar Rojo había llegado á su mayor altura. Las playas estaban totalmente inundadas, y un camino sumamente estrecho quedaba apenas entre las últimas casas de la ciudad y el borde de las aguas.

Mi dragoman me invitó para que subiéramos al terrado del convento de franciscanos, que se encuentra á la orilla del mar. Admití gustoso, pues esto me proporcionaba manera de gozar mas á mi sabor del magnífico espectáculo.

El superior del convento era conocido de Fortunato de larga fecha atrás, y nos recibió muy bien. Comenzó por hacernos recorrer el edificio que es pequeño, pero muy limpio y alegre. Terminada la visita nos condujo á una sala donde dispuso se nos sirviera el café. Durante el tiempo que gastamos en tomarlo, supe cuál era el origen de la amistad entre Fortunato y el superior. Este fraile fué el primer misionero católico que llegó á Djedda, donde por acaso se encontraba entonces Fortunato, que había ido á ese lugar á vender varios artículos de contrabando. El religioso, exponiendo su vida al furor de aquellos bárbaros, comenzó á evangelizar al pueblo, y bien pronto tuvo una docena de neófitos. En tales circunstancias Fortunato, vestido con el traje nacional del país, no tuvo inconveniente en prestar sus servicios al fraile en la celebración de las misas y bautismos, desempeñando el papel de ayudante y sacristan.—

Pasada media hora, con bastante franqueza manifesté al superior

mis deseos de subir á la azotea del convento. Recibió mi pretension con la mayor complacencia, y no solo nos permitió cumplir nuestro deseo, sino que vino con nosotros. Una vez en el terrado, gocé de un hermoso y majestuoso espectáculo. A mi derecha, mi vista se sumergia en las inmensidades del Mar Rojo; á mi izquierda se dibujaba el canal como linea brillante en medio de la tierra; á mi frente se extendia el Asia Desierta cerrando el horizonte con pequeñas montañas; á mi espalda se prolongaba como el Océano, la superficie amarillenta del Desierto de Egipto.

Dos pensamientos en aquel instante me preocupaban. El primero era el de pasar en un instante al otro lado del mar, para pisar de una vez tierra de Asia; y el segundo, el de encontrar el sitio por donde los hebreos, grande familia consagrada á Dios y fecundada en el desierto, pasaron por un camino seco en medio de las aguas suspendidas como muros de cristal, con sus camellos, sus rebaños sus niños y sus ancianos padres. Parece que el superior adivinó mis pensamientos, porque luego me dijo:

—¿Cuánto vamos á que en este momento recuerda vd. el paso del Mar Rojo?

—Naturalmente, le contesté, pues no es posible haya quien venga á este sitio, y no recuerde ese grande hecho.

—En efecto, es así.

—Dígame vd., padre, continué, ¿por dónde cree vd. que los hebreos hayan cruzado? Vd. que se halla aquí establecido desde hace años, debe estar bien instruido en los puntos de historia concernientes á estos lugares.

—He tratado, en efecto, de estudiar esa cuestion interesante; pero debo confesar que hasta ahora no he podido adquirir ciencia cierta sobre la materia.

—A lo que he oido decir, el caso es difícil de resolverse, por la generalidad de los términos en que la historia se explica.

—Aquí tiene vd. la dificultad. Porque lo único que sabemos por

indudable es, que el pueblo hebreo atravesó á pié enjuto por en medio de las aguas del Mar Rojo. Averiguar por dónde pasó, cuando no se cuenta con ningun dato, es punto naturalmente sujeto á conjeturas.

—Vd. cuando menos tendrá alguna opinion formada sobre esto.

—Naturalmente, y he formado mi opinion particular, comparando las de los otros; solo que soy el primero en negarme la infalibilidad. Lo que me parece verosímil, puede otro encontrarlo absurdo.

—Es de cajon; ¿tendrá vd. la bondad de decirme su parecer sobre esto?

—Con mucho gusto; pero no olvide vd. que no tengo ningunas pretensiones.

—Quedo entendido en ello.

—Ante todo, sírvase vd. mirar de este lado, allá en el fondo del mar, á la izquierda. ¿Qué distingue vd?

—Percibo los contornos indecisos de una montaña.

—Esa montaña es el Siná; vd. alcanza á verlo ahora porque el cielo está despejado; pero en habiendo alguna bruma, se pierde en el horizonte.

Al oír el nombre del Siná, sentí violenta emocion que vino á poner en tumulto mis ideas y sentimientos. Allí, en aquella cumbre que se dibujaba en lontananza, dió Dios á su pueblo, sus mandamientos, en medio de los clamores tremendos de la naturaleza; y allí tambien, ante la faz resplandeciente de un ángel, Moisés perdió el sentido, grande entre los hombres, pero miserable y frágil ante la gloria del Eterno.

El fraile prosiguió alargándome un pequeño anteojo marino, que sacó del fondo de una de sus anchas mangas:

—Ahora mire vd. la fuente de Moisés. ¿Ve vd. el Desierto antes de llegar al Siná?

—Lo veo.

—¿Percibe vd. un punto oscuro en medio de esa superficie de arena?

Después de un momento de medir la fuerza del anteojo, y de buscar atentamente, respondí:

—Lo percibo.

—Allí está la fuente que hizo brotar Moisés, cuando su pueblo moría de sed, y no tenía agua con que saciarla.

Sentí que el corazón me dió un vuelco.

—Esa fuente, continuó el franciscano, es la admiración de los sabios. Yo la he visitado, y aseguro á vd. es majestuoso y solemne, mirar cómo brota espumante de una roca el agua cristalina, en medio de la inmensidad árida y lúgubre del Desierto. El agua no tiene una calidad muy buena; pero puede beberse sin disgusto, y tras la fatiga y el calor del camino, el paladar la encuentra néctar delicioso. Los viajeros que van á visitar la fuente, beben de ella, así como las caravanas que cruzan la Arabia. La industria moderna ha aprovechado ese manantial, para hacer al suelo producir en beneficio del hombre. Así es que en la actualidad un francés tiene allí establecido un elegante hotel, rodeado de un precioso huerto, que la fuente riega. En él se siembra toda especie de hortaliza, que prospera de un modo admirable. Ese huerto surte á Suez de las legumbres que aquí se consumen, pues como vd. ve, los alrededores de este pueblo no producen ni ortiga.

Aquella relación me exaltó el cerebro, y con la mente me trasporté hasta la fuente misma, deseando ardientemente verla de cerca, pues no me satisfacía mirarla con anteojo desde aquella distancia.

—Y diga vd., padre, ¿cuánto tiempo se ha menester para ir hasta ese sitio?

—No se necesita mucho: excursión es esa que se hace en un día de ida y vuelta, mitad por agua y mitad en camello.

Yo suspiré de pesadumbre, porque comprendí que me sería imposible hacer aun este pequeño viaje. Debía partir para Jaffa por el próximo vapor, y apenas tenía tiempo necesario para llegar á Puerto-Said donde iba á embarcarme.

—Y bien, dije al padre saliendo de mi reflexión, he visto el Sinaí y la fuente de Moisés.

—He hecho á vd. fijarse en estos puntos, para que mejor pueda entenderme lo que voy á decirle. Dos son las opiniones principales de que tengo noticia acerca del lugar por donde los israelitas hayan atravesado el Mar Rojo. La primera es la siguiente: Estando la fuente de Moisés y el Sinaí por esta parte, se dice que por aquí deben haber cruzado; pues se sabe por la historia de una manera evidente, que pasaron ellos por esos sitios. Esto á primera vista parece convincente.

—En efecto.

—Pero se objeta y con razón, que la mar por aquí es muy ancha, de tal suerte, que hubiera sido materialmente imposible que un pueblo numeroso como el hebreo, hubiera podido atravesarla en una noche, y mas cuando caminaba con sus rebaños, sus ancianos y sus niños.

—No había reparado en ello; pero en efecto, la dificultad es grande.

—La otra opinión es esta. El paso se ejecutó por una dirección contraria, esto es, por la parte que está á nuestra izquierda. Entre Suez é Ismailia hay unos lagos llamados Amargos por la calidad de sus aguas. Estos lagos se dice formaron en lo antiguo parte del Mar Rojo, y por allí fué por donde el pueblo de Dios pasó al Asia por un camino seco. Yo soy de esta opinión. Admitiéndola, se explican muchas dificultades. La distancia que separa allí el Africa del Asia es de tal manera corta, que se concibe que todo un pueblo, aunque numeroso y obligado á caminar lentamente, pudiera pasar de un lado á otro en el espacio de una noche. En caso de que Méfis haya sido la capital del imperio de los Faraones, como es generalmente creído, los Lagos Amargos presentaban camino mas corto para dejar el Egipto, que las riberas meridionales del Mar Rojo. Admitiendo que el pueblo hebreo haya pasado por esos lagos, se comprende fácilmente por qué razón tardó mas de dos meses en llegar al punto donde Moisés

hizo brotar la milagrosa fuente, y al Siná, donde la familia israelita recibió la ley; mientras que admitiendo haya pasado el pueblo por la otra parte, no se explica cómo pudo hacer tan largo tiempo de peregrinación hasta llegar al Siná, siendo que en la actualidad, á partir de las riberas del mar hasta el monte, un hombre á pié, y caminando despacio, en menos de un mes se daría cuenta de la distancia y las caravanas en cinco días la traspasan.

—Muy cierto, dije yo convencido de la exactitud de la reflexión.

—Digo, pues, continuó el superior, que en mi concepto los hebreos atravesaron el Mar Rojo por la parte que hoy ocupan los Lagos Amargos. De esta manera entiendo que hayan podido trascurrir cuarenta años antes de su llegada á la tierra prometida. Porque si se piensa en que desde los Lagos Amargos tuvieron que caminar hácia el sur hasta llegar al Siná, subir de allí hasta el desierto de Tzim, retroceder hasta mas abajo del monte Hor, y luego subir hasta el Nebo para entrar en Canaan, arriba del extremo Norte del Mar Muerto; se comprende que hayan podido emplear tan largo espacio de tiempo, en recorrer esa larguísima y pesada distancia. Estas consideraciones se hacen tanto mas atendibles cuanto mas se reflexiona en las circunstancias excepcionales en que se encontraba el pueblo hebreo, que era tardo en su marcha, avanzaba y retrocedía con frecuencia, se paraba á menudo, y era indisciplinado é indócil, atrayendo por esto á cada paso sobre sí los castigos de Dios.

—Si he de hablar á vd. con franqueza, padre, juzgo que la opinión que vd. sigue es la única que anda acertada, exclamé yo cuando el superior hubo terminado de hablar. Estoy bien lejos de ser fuerte en achaques de historia y geografía sagradas; pero las razones que vd. ha expuesto, me parecen convincentes de tal suerte, que mi sentido comun se pronuncia en favor de ellas.

—Vd. se precipita, señor, vd. se precipita en su juicio, me dijo el padre, riendo á causa de la satisfacción que le producian mis elogios— porque nunca muere la vanidad del todo, aun en las almas mas hu-

mildes;—en estas materias se debe proceder con sumo reposo para descubrir la verdad. Acaso escuche vd. hablar á otra persona, ó lea vd. un libro cuya opinión le parezca mas verosímil que la mia.

—No me parece que sea posible; pero por no herir la susceptibilidad de vd. y su modestia, prometo á vd. reflexionar imparcialmente sobre el particular.

Con estas y otras pláticas dimos punto al curso histórico-geográfico que habíamos emprendido al aire libre en el terrado, y descendimos á la sala, donde fumamos algunos cigarrillos. A poco nos despedimos Fortunato y yo del religioso, no sin expresarle nuestro profundo reconocimiento á causa de sus bondades. El tiempo habia pasado volando, pues eran ya las once del día, razón por que nos dirigimos al hotel para tomar el almuerzo.

Cuando salimos del convento, encontramos que la marea bajaba rápidamente. Las barcas de la orilla, que yo habia visto flotar sobre el mar en la mañana, estaban ahora en seco sobre la mojada arena. Las aguas se habian retirado como una milla lejos del límite que habian alcanzado en su crecimiento. Naturalmente aquella escena me trajo á la memoria el dicho de los filósofos que tratan de explicar el paso de los hebreos al través del Mar Rojo, por esta pronunciada marea.

Esa pretendida explicación alucina en el primer momento; pero si se reflexiona un poco, muy luego es encontrada absurda. Porque la marea baja de un modo sorprendente en el Mar Rojo; pero sucede así, porque el lecho de las aguas no tiene gran profundidad sino á respetable distancia de la playa. De manera que el flujo y el reflujo exagerados que se miran, son mas apariencia que realidad, puesto que el fondo que queda descubierto, es el que está como quien dice á flor de agua, y que si el lecho fuera profundo cerca de la playa, se vería que la marea baja muy poco mas que en las otras playas del mundo. La razón del mayor descenso y ascenso de las aguas en el Mar Rojo, es muy obvia en mi concepto. El inmenso caudal de